

La fantasía de las reliquias inverosímiles en las letras medievales castellanas

ANTONIO GARROSA RESINA

A lo largo de los siglos y desde los primeros tiempos de su práctica, la religiosidad cristiana, sobre todo la de carácter más popular, ha buscado siempre elementos externos y tangibles en los que apoyarse: construcciones dedicadas al culto, imágenes, memoria de prodigios o reliquias sagradas. Si de las primeras nos han quedado huellas patentes a través de la historia del arte, la literatura, por su parte, nos ofrece algunos testimonios fehacientes sobre la existencia de innumerables reliquias y el culto que se les tributaba. En ocasiones estas reliquias (objeto y aliciente al mismo tiempo para la religiosidad popular) son de una autenticidad contrastada. Pero, con mucha mayor frecuencia, la simple enumeración de estos recuerdos pretendidamente sagrados nos pone en guardia sobre el crédito que podemos otorgarles, al entrar, por su propia naturaleza, dentro del terreno de lo inverosímil.

Ya Alfonso de Valdés, uno de nuestros destacados escritores renacentistas, se burla de la existencia de tantas y tantas reliquias absurdas que por entonces se veneraban en Roma y en otros lugares de la cristiandad, cuando pone en labios del joven Lactancio los acertados y sarcásticos reproches que dirige a su interlocutor el Arcediano del Viso:

«Pues desta manera hallaréis infinitas reliquias por el mundo y se perdería muy poco en que no las oviessse. Pluguiesse a Dios que en ello se pudiesse remedio. El prepucio de Nuestro Señor yo lo he visto en Roma y en Burgos, y también en Nuestra Señora de Anversia, y la cabeça de Sanct Johan Baptista en Roma y en Amians de Francia. Pues apóstoles, si los quisiésemos contar, aunque no fueron sino doze y el uno no se halla y el otro está en las Indias, más hallaremos de veinte y quatro en diversos lugares del mundo. Los

clavos de la cruz escribe Eusebio que fueron tres... y agora ay uno en Roma, otro en Milán y otro en Colonia, y otro en París y otro en León y otros infinitos. Pues de palo de la cruz dígoos de verdad que si todo lo que dizen que ay della en la cristiandad se juntasse, bastaría para cargar una carreta. Dientes que mudava Nuestro Señor quando era niño passan de quinientos los que se encuentran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Madalena, muelas de Sant Cristóbal, no tienen cuento. Y allende de la incertinidad que en esto ay, es una vergüença muy grande ver lo que en algunas partes dan a entender a la gente... Si os quisiesse dezir otras cosas más ridiculas e impías que suelen dezir que tiene, como del ala del ángel Sanct Gabriel, como de la penitencia de la Madalena, huelgo de la mula y del buey, de la sombra del bordón del señor Santiago, de las plumas del Espíritu Sancto, del jubón de la Trinidad y otras infinitas cosas a estas semejantes, sería para hazeros morir de risa. Solamente os diré que pocos días ha que en una iglesia collegial me mostraron una costilla de Sanct Salvador. Si huvo otro Salvador, sino Jesu Cristo, y si él dexó acá alguna costilla o no, véanlo ellos»¹.

Verdaderamente tiene razón Alfonso Valdés al quejarse de tantas supercherías, sobre todo cuando pueden dar lugar a despropósitos del tipo del que refiere a continuación, según el cual los cristianos que acuden a la iglesia muestran con frecuencia más aprecio e interés por estas reliquias ridículas que por el propio Santísimo Sacramento. Influidado en esto por su admirado amigo Erasmo de Rotterdam², Valdés interpreta tales actitudes como una muestra de los excesos reprobables, para cuya corrección Dios habría permitido los tristes acontecimientos que culminaron con la toma y el saqueo de la ciudad de Roma, a finales de mayo del año 1527.

El culto tributado a reliquias disparatadas como las que menciona Valdés no es tan excepcional como en principio pudiera parecer. Aún en nuestros días y en nuestro propio país hay catedrales y otras iglesias donde se veneran, de acuerdo con la tradición, objetos sagrados de procedencia tan remota e inverosímil como las ya enumeradas³. Pero mientras Alfonso de Valdés y otros autores más cercanos a nosotros tratan este aspecto con actitud crítica y con la racionalidad del estudioso, la literatura medieval castellana nos presenta interesantes noticias sobre la existencia de reliquias sagradas de

¹ *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. Ed. de José F. Montesinos, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), 1969, pp. 122-124.

² Erasmo había reflejado críticas similares en algunos pasajes de su *Enchiridium* y en los capítulos del *Elogio de la locura* dedicados a la superstición.

³ Basta leer, por ejemplo, las abundantes noticias sobre la existencia de reliquias de esta naturaleza en los museos de algunas catedrales, como las de Sevilla y Valencia, y en otras variadas iglesias de España, que encontramos en el curioso libro de Carlos PASCUAL: *Guía sobrenatural de España*, Madrid, Editorial Al-Borak, 1976.

gran importancia, sin dudar para nada de su autenticidad, de la misma manera que los escritores narran increíbles milagros, cuya realidad admiten ellos mismos y sus lectores, tal como corresponde al ambiente fantástico en el que se enmarcan muchas de las obras medievales. A estas noticias y a su especial significación por los libros donde podemos leerlas, vamos a dedicar las páginas siguientes.

* * *

Desde un punto de vista cronológico-literario las noticias más tempranas a las que aludimos las encontramos en la *Primera Crónica General*. La más relevante de todas es la que se refiere a los hechos del rey don Alfonso el Casto de Asturias. Cuenta la *Crónica* que este monarca, allá por el año 794, quiso adornar la ciudad de Oviedo para nueva capital de su reino y, aparte del propio palacio, mandó construir la iglesia catedral dedicada al Salvador. En el interior dispuso un rico altar consagrado a San Miguel, donde hizo colocar, para su custodia y veneración, una preciosa arqueta con las numerosas reliquias que el rey don Pelayo y el arzobispo don Urbano habrían trasladado desde Toledo a Asturias, para impedir que cayeran en manos de los árabes invasores de la Península. Tal como podemos leer, los elementos allí guardados nos deparan grandes sorpresas:

«E en aquella arca eran estas reliquias: vna ampolla de cristal en que está de la sangre que salió del costado de Nuestro Sennor Jhesu Cristo; del madero de la Cruz; del sepulcro de Nuestro Sennor; del manto et de la saya de Nuestro Sennor; de los pannos en que yogó enbuelto en el pesebre; del pan de que dio a comer Nuesro Sennor a los cinco mill omnes; del pan que cenó con sus discípulos en el día de la Cena; de la manná que llovió a los fijos de Israel; de la tierra del mont Oliueti o el Nuestro Sennor touo los pies quando sobió a los cielos; de la tierra o touo Nuestro Sennor los pies quando resucitó a Lázaro, et del sepulcro desse sant Lázaro; de la leche de Santa María et de la su vestidura; las manos de Sant Esteuan; la sandalia diestra de sant Pedro apóstol; la fruenta de sant Johan Baptista; e de los cabellos de los innocentes, et de los huessos de los tres ninnos que fueron metidos en el forno; de los cabellos con que sancta María Magdalena terzió los pies de Nuestro Sennor Jehsu Cristo; de la piedra del monte Sinay; del cabello de Elias el propheta; de la parte del peç et del fauo de la miel que comió Nuestro Sennor: e sin esto muchos huessos de prophetas et de sanctos que uos non podriemos todos aquí contar»⁴

En la enumeración se dan cita algunos objetos cuya veracidad

⁴ *Primera Crónica General*, cap. 614. Ed. de Ramón Menéndez Pidal, Madrid, Gredos, 1955, tomo II, p. 348.

podría tener cierta consistencia material (madera de la cruz, espina de la corona de Cristo, etc.), con otros cuya conservación sería prácticamente imposible, como el pan procedente del milagro de la multiplicación o el de la Última Cena. Más asombrosa resulta la mención de sustancias como el maná suministrado a los israelitas en el desierto, cuya realidad física ni siquiera sabemos imaginar, o las que suponen cierto grado de irreverencia (por muy bien intencionada que ésta sea), como la supuesta leche de la Virgen, de obligada concurrencia en estos repertorios extravagantes, según iremos comprobando más adelante. La mentalidad cristiano-medieval de los redactores de la *Crónica* se impone por encima del pensamiento y las costumbres de los pueblos sobre los que escriben. Sólo así se explica que, indirectamente, se aplique a la época del Antiguo Testamento la misma inclinación a la custodia de reliquias y recuerdos que se extendió después en la cristiandad. Esto es lo que se deduce de la inclusión en el catálogo del misterioso maná, los cabellos del profeta Elías o los huesos de los niños arrojados al horno ardiente de Babilonia⁵. Pero, por si no causara suficiente asombro tal acopio de objetos, al final se cita una genérica recopilación de éstos, comprensiva de muchos santos y profetas cuyo nombre ya no interesa reflejar, para acentuar la importancia del piadoso tesoro ovetense.

Todavía este mismo pasaje de la *Crónica* nos reserva algún dato e interés en relación con el aspecto que nos ocupa. Del arca que guarda las reliquias se dice que fue hecha en Jerusalén, desde donde, en tiempos de la expansión musulmana, habría sido transportada a Sevilla y después a Toledo, para terminar finalmente en Oviedo cuando España, con excepción del rincón asturiano, fue conquistada por los moros. A esta catedral de San Salvador, enriquecida por el fervor del rey Alfonso el Casto, se le adjudican otros tesoros y recuerdos igualmente memorables, aunque la información no se recoge ahora de modo categórico, sino haciéndose eco de la tradición o del humor impersonalizado: «E dizen que en aquella iglesia es la mui preciada casulla, la que Santa María dio a sant Alffonso⁶, e una de las seys ydrias en que Nuestro Sennor tornó del agua uino»⁷.

⁵ Se refiere el texto al episodio que se encuentra en el libro de *Daniel*, 3, 19-27, donde, en efecto, se habla de los tres mancebos Sidraj, Misaj y Abed-Nego, que fueron arrojados al horno ardiente por orden del rey Nabucodonosor.

⁶ Se trata de la casulla milagrosa a la que se refiere Berceo en el primero de sus *Milagros de Nuestra Señora*. Este episodio también aparece narrado en la *Vida de San Ildefonso* del Beneficiado de Ubeda, estrs. 217-224 y siguientes, y en la *Vida de San Ildefonso* escrita en prosa, en el siglo XV, por el Arcipreste de Talavera, además de en otras varias colecciones medievales de relatos cortos.

⁷ *San Juan*, 2, 1-11.

De modo muy escueto, en la primera parte de la misma *Crónica General* encontramos una noticia acaso más sorprendente que las anteriores por lo insólito de su contenido, pues habla nada menos que de una carta autógrafa del mismísimo Jesucristo. En la época del emperador Alejandro Severo, hacia el año 225, la ciudad de Edesa, situada al nordeste de Antioquía y que, según el texto, contaba por entonces con una floreciente comunidad cristiana, recibió los restos sagrados del apóstol Santo Tomás, quien había muerto en tierras de la India, donde ejerció su ministerio. A partir de entonces, el sepulcro del Apóstol sirvió como talismán protector para la ciudad, tanto frente a los males espirituales como a los de carácter temporal, circunstancia que anota puntualmente la *Crónica*: «Et desde el cuerpo allí fue puesto, numqua pudo ueuir hereges en aquella cibdat, nin iudío, nin gentil que ydolos adorasse, nin la pudieron numqua entrar los bárbaros». Inmediatamente después se nos da cuenta de la existencia del precioso texto, que había sido enviado por el impensable autor que es Jesús a un piadoso rey-zuelo de la ciudad conocido por el nombre de Abgaro, del que unos capítulos antes se nos informa que había sido curado de una grave enfermedad por Santo Tomás: «E esto desdel tiempo que el Nuestro Sennor Ihesu Cristo enuió al rey Abgaro la carta escripta de su mano, lo ouo siempre aquella cibdat por uirtud»⁸. No se aclara para nada cuándo y en qué condiciones habría escrito Jesús el supuesto documento, pero el detalle carece de importancia para la mentalidad medieval y tal omisión no resta nada a la credulidad que la noticia merece para los redactores de la historia y para los lectores medievales. En cualquier caso se especifica después que la función protectora que para la ciudad desempeña el sepulcro del Apóstol, se ejerce precisamente en combinación con el poder sobrenatural que se atribuye a tan especialísima carta,

«ca tanto que alguna yente estranna uinie (los habitantes de Edesa) tomauan un ninno bateado que supiesse leer, et ponien lo en somo de la puerta de la cibdat, et daban le aquella carta, et leyela; et aquel día mismo en que la ley, o fazien los bárbaros paz con ellos o fuyen con miedo. Et esto era por uertud del escripto de Nuestro Sennor, et por las oraciones de santo Thomás ell apóstol»⁹.

A finales del siglo XIII, prácticamente por la misma época que la producción literaria del Rey Sabio o muy poco después, surge una de las obras más extensas y menos conocidas de la literatura

⁸ *Primera Crónica General*, cap. 255; ed. cit., tomo I, p. 161.

⁹ *Ibidem*.

castellana medieval, *La gran Conquista de Ultramar*, que es en realidad una historia novelada de las Cruzadas. Como corresponde a la geografía de Tierra Santa donde el prolijo relato se enmarca, encontramos en sus páginas algunas noticias sobre objetos de grandísimo valor religioso, por su relación directa con la pasión de Cristo.

Entre los acontecimientos de la Primera Cruzada el texto refiere con amplitud los relativos a la conquista de la ciudad de Antioquía. Poco tiempo después de que los cruzados se asentasen en ella para preparar su marcha sobre Jerusalén, se descubre el lugar donde permanecía oculta la lanza con la que el centurión Longinos atravesó el costado de Cristo. Un humilde clérigo (al que indistintamente se le nombra como Pedro de Provenza o Pero Bartolomé) acude ante el obispo de Puy y el conde de Tolosa, destacados dirigentes cristianos, para revelarles cómo el apóstol San Andrés

«Le apareciera tres veces estando dormiendo de noche, e que le dijera que fuese a los ricos hombres de aquella hueste, e les dijese que la lanza con que Jesucristo fuera herido en el costado, cuando le pusieron en la cruz, estaba escondida so tierra, en la cibdad de Antioica, e mostróles el lugar do estaba»¹⁰.

El clérigo añade ciertos detalles maravillosos sobre la aparición de San Andrés, entre ellos el de la amenaza de los males que afectarían en el caso de que no trasladara esta noticia a los caudillos cruzados. La sagrada reliquia se encuentra en el sitio indicado y su descubrimiento proporciona un redoblado ánimo a los cristianos para la empresa que han de culminar. Sin embargo, poco después, debido a rumores malévolos, se extiende entre las huestes cristianas la sospecha de que todo había sido una añagaza urdida por algunos clérigos y por el conde Tolosa, con el único propósito de obtener abundantes limosnas de quienes acudían a venerar la reliquia¹¹. Con este motivo se produce un grave alboroto popular en Antioquía, que sólo se apacigua cuando el beneficiario de la visión, Pero Bartolomé, precisamente en el día de Viernes Santo, se somete con la lanza a la prueba del fuego (la práctica medieval de las ordalías) con la que afirma su autenticidad, demostrando al pueblo la virtud de tan sagrada reliquia. Casi todos los presentes piensan

¹⁰ *La gran Conquista de Ultramar*, libro II, capt. 96. Ed. de Pascual de Gayangos, Madrid, BAE, XLIX, 1951, p. 249.

¹¹ Obsérvese que, en este supuesto, estaríamos ante una forma de procurar ingresos similar a la que Berceo pone en práctica para el monasterio donde vive, con la narración de los milagros —ciertos o imaginados— de San Millán de la Cogolla.

que Dios querría mostrar entonces su poder, pues no en vano «acaesció que fue esto en el día de Viernes de la Cruz, e por esto les plugo más, porque Jesucristo fuera herido en aquel día con aquella lanza». En medio de la expectación general que suscita la posibilidad del prodigio, Pero Bartolomé

«Levantóse e tomó la lanza, acabada su oración, e entró con ella en medio del fuego, e tardó dentro ya cuanto, e al cabo salió a la otra parte, así que non le dañó el fuego ni le chamuscó los cabellos ni los paños que traía, ni tocó por él el fuego ni la llama, ni le fizo señal ninguna en cosa»¹²

Los presentes, al admitir el milagro, se convencen de la autenticidad de la lanza, queriéndola tocar todos con sus manos. De allí a pocos días murió Pero Bartolomé y se originan más discusiones sobre la causa de su muerte, que la mayoría de los hombres atribuye a otra manifestación milagrosa de la voluntad de Dios.

También se menciona en *La gran Conquista de Ultramar* la que siempre ha sido considerada por la piedad cristiana como reliquia por antonomasia: la Cruz en que murió Jesucristo. No importa que sean multitud los fragmentos de madera que de ella se conservan repartidos por todo el mundo. Los testimonios escritos al respecto, incluso los de naturaleza literaria, son tan numerosos que, como escribe socarronamente Alfonso de Valdés, con todos estos fragmentos bien se podría cargar una carreta. Nuestro texto habla de Vera Cruz como si se tratara de la reliquia en su integridad, para referir la inmensa desgracia de su desaparición cuando, en los tiempos de la Tercera Cruzada fue perdida por los cristianos que la portaban como estandarte en una de las frecuentes batallas contra el sultán Saladino¹³.

Distintas a todas las anteriores son las noticias que aparecen en esta misma obra sobre otros dos objetos legendarios, a los que se atribuye también cierta importancia desde el punto de vista religioso-cristiano. La diferencia esencial consiste en que en estos casos los poseedores de los objetos preciosos son musulmanes, y el aprecio en que los tienen viene determinado más por su valor artístico o material que por su significación religiosa. Es lo que ocurre

¹² *La gran Conquista de Ultramar*, libro II, cap. 195; ed. cit., p. 286. Sobre esta misma lanza, o sobre alguna de sus partes, volveremos a encontrar más noticias (a veces contradictorias) y en obras literarias posteriores de las que tendremos ocasión de ocuparnos.

¹³ *La Gran Conquista de Ultramar*, libro IV, capt. 136; ed. cit., p. 561. Se alude en este lugar a una oscura profecía de don Guillermo, arzobispo de Tiro, quien había vaticinado esta pérdida tan dolorosa, que habría de suceder en los tiempos del patriarca Heracles de Jerusalén, por consejo del cual sacaría la sagrada Cruz al campo de batalla.

en uno de los múltiples episodios secundarios de la novela, cuando un caballero cristiano, Ricarte de Caumonte, ha de enfrentarse en singular combate contra dos fieros guerreros turcos, en defensa del príncipe árabe Corvalán y de su inocencia. La madre de éste, la reina Halabra (mujer experta en las artes de la adivinación por la estrellería), regala a Ricarte, para que la utilice en el combate, «una espada muy buena y muy preciada, e era aquella con que el Rey Herodes ficiera descabezar a los niños inocentes ante la Reina, su mujer»¹⁴. Advertimos aquí cómo se introducen circunstancias ajenas al relato bíblico sobre la muerte de los Inocentes¹⁵, pues en él no se habla para nada de que Herodes fuera instigado por su mujer para ordenar la matanza indiscriminada de los infantes. Bien pudiera ser que el autor confunda las ideas y pensara en la espada con la que fue degollado San Juan Bautista, en este caso sí que por presiones de Herodías, la mujer de Herodes¹⁶. Sea como fuere, la imaginación derrochada es grande, lo mismo que el deseo de impresionar al lector u oyente con esta referencia a una espada singular que, en cualquier caso, habría sido santificada por la sangre de sus víctimas.

Parecidas consideraciones podemos hacer a propósito de otra noticia que encontramos pocos capítulos más adelante, según la cual el Sultán moro, en prueba del amor que profesa al príncipe Corvalán, le entrega, como presente valiosísimo, una preciosa copa que había pertenecido a Judas Macabeo¹⁷.

A mediados del siglo XIV se compuso una obra anónima de muy escaso valor literario —pero ciertamente exótica por el contenido de sus descripciones—, que se difunde con el título abreviado de *Libro del conocimiento*¹⁸. Podemos incluirlo dentro del llamado género de la literatura de viajes, y de él sólo nos interesa destacar una referencia que se encuentra en las páginas iniciales acerca de los Reyes Magos y su enterramiento. Son varias las ciudades que se disputan el honor de custodiar los cuerpos venerados de Melchor, Gaspar y Baltasar, y un reflejo de esta disputa lo advierte el anónimo franciscano, al anotar las informaciones contradictorias que

¹⁴ *La gran Conquista de Ultramar*, libro II, capt. 223; ed. cit., p. 298.

¹⁵ *San Mateo*, 2, 16-18.

¹⁶ *San Mateo*, 14, 1-12.

¹⁷ *La gran Conquista de Ultramar*, libro II, cap. 240; ed. cit., p. 303.

¹⁸ Su título completo es el de *Libro del conocimiento de todos los reynos e tierras e señoríos que son por el mundo e de las señales e armas que han cada tierra e señorío por sy e de los reyes e señores que los proueen*. Ed. de Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, Imprenta Fortanet, 1877, de la que existe una reproducción facsimilar, Barcelona, Ediciones El Albir, 1980, que es la que utilizamos. El libro podemos considerarlo como anónimo, a pesar del dato que aparece inmediatamente después del siglo XIV, en el que sólo se nos informa de la condición religiosa de su autor y de la época en que lo escribió.

ha recibido durante su largo periplo. Hablando de la ciudad de Colonia escribe que, según ha oído decir a sus habitantes, allí «yazen soterrados los tres Reyes Magos que adoraron a Ihesuchristo en Beleén». Pero añade inmediatamente después que idéntica afirmación la había escuchado en una ciudad llamada Solín, del imperio de Cataya, donde incluso llegaron a enseñarle «tres monumentos muy onrrados y dixiéronme que eran de los tres Reyes Magos que adoraron a Ihesuchristo e que de allí fueron naturales»¹⁹.

Prosiguiendo el camino iniciado por el *Libro del conocimiento* y alguna obra anterior, la narración de viajes llega a configurar durante el siglo XV un género literario específico, que es pródigo en cuanto a las noticias que nos interesan.

Entre los años 1403 y 1406, por encargo del rey don Enrique III, un grupo de emisarios castellanos efectuó un largo recorrido, para visitar al soberano asiático Tamorlán. Ruy González de Clavijo, uno de los comisionados, nos dejó muy pronto el relato pormenorizado de este viaje en su *Embajada a Tamorlán*²⁰. Para nosotros cobra un singular interés la parte del libro correspondiente al paso de los embajadores por Constantinopla, donde pudieron admirar sus palacios y sus numerosas iglesias. Además de los cuerpos incorruptos de varios santos, allí se veneran, en iglesias diferentes, los dos brazos completos de Juan el Bautista, por medio de los cuales se obraron milagros estupendos²¹, o «las parrillas en que el bienaventurado San Lorenzo fue asado», que los castellanos contemplan en la iglesia patriarcal de Santa Sofía²². Pero entre todas las demás se llevan la palma, por su abundancia e inverosimilitud, las supuestas reliquias que constituyen el tesoro máspreciado de la iglesia de San Juan Bautista o San Juan de la Piedra, próxima al palacio imperial. Tras superar diversas ceremonias y dispositivos de seguridad, González de Clavijo y sus acompañantes, con asombro creciente por su parte, vieron desfilar ante sus ojos maravillas tales como

«... una arqueta de oro pequeña redonda, y dentro estaba el pan que el Jueves de la Cena dio Nuestro Señor Jesu-Cristo a Judas, en señal de quién era el que lo traicionaría, el cual no pudo comer...

¹⁹ *Libro del conocimiento*, ed. cit., p. 8.

²⁰ Ruy GONZALEZ DE CLAVIJO: *Embajada a Tamorlán*. Ed. de Ramón Alba, Madrid, Miraguano Ediciones, 1984.

²¹ Véase, por ejemplo, el que narran a los embajadores cuando les enseñan la mano derecha del Bautista, a la que le falta el dedo pulgar, con el cual se habría ocasionado la muerte de un peligroso dragón que atemorizaba a la ciudad. Ed. Cit., pp. 58-59.

²² *Embajada a Tamorlán*, ed. cit., p. 67.

Otrosí una arqueta de oro más pequeña que la primera, y dentro de ella... una bujía de cristal, y dentro en ella estaba de la sangre de Nuestro Señor Jesu-Cristo, de la que le salió por el costado, cuando Longinos le dio la lanzada... y un cendal pequeño colorado, en que estaban de las barbas de Nuestro Señor Jesu-Cristo, de las que le mesaron los judíos cuando lo crucificaron... y una tabla que era toda cubierta de oro, y estaba en ella el hierro de la lanza con que Longinos dio a Nuestro Señor Jesu-Cristo... y en él a los cabos a lo agudo estaba la sangre tan fresca, como si entonces acaeciera lo que con él hicieron a Jesu-Cristo... Y otrosí estaba engastonado en aquella tabla un pedazo de la caña con que dieron a Jesu-Cristo Nuestro Señor en la cabeza, cuando estaba ante Pilatos... y de esta caña estaba en esta tabla así mismo engastonado un pedazo de la esponja con que a Jesu-Cristo nuestro Dios fue dada la hiel y el vinagre en la cruz, y en la dicha arca de plata donde esta tabla fue sacada estaba la vestidura de Jesu-Cristo nuestro Dios, sobre que echaron suertes los caballeros de Pilatos»²³.

Nada tiene de extraño que, según anota Clavijo al final del pasaje, los emisarios castellanos, así como las gentes de Constantinopla que habían acudido a contemplar las reliquias, se conmovieran hasta el punto de romper a llorar y postrarse en actitud de oración. Pero todavía en el mismo día los embajadores pudieron ver otra insólita maravilla custodiada en la iglesia de un convento de monjas: la piedra o losa en que fue depositado el cuerpo de Cristo al bajarlo de la cruz, tanto más digna de estima cuanto que

«en ella estaban las lágrimas de las tres Marías y de San Juan que lloraron cuando fue Jesu-Cristo nuestro Dios descrucificado: las cuales lágrimas parecían heladas propiamente, como si entonces cayeran allí»²⁴.

Al lado de estos recuerdos nos parecen de menor importancia los que menciona González de Clavijo en otros lugares de su obra, como el supuesto retrato en el que San Lucas habría representado a la Virgen, que los castellanos pudieron ver también en Constantinopla²⁵, o los huesos de los Inocentes y —lo que resulta más inusitado— «tres cabezas de las once mil vírgenes», exhibidas, junto con otras numerosas reliquias de santos en el monasterio de San Francisco, a las afueras de la ciudad imperial²⁶.

De época un poco más tardía que el anterior, el libro de las

²³ Ibidem, pp. 71-72.

²⁴ Ibidem, p. 73.

²⁵ Ibidem, p. 73.

²⁶ Ibidem, pp. 79-80.

*Andanzas y viajes de Pero Tafur*²⁷ constituye la más interesante aportación literaria castellana al género de viajes y recuerda el que su autor, el caballero andaluz Pero Tafur, realizó entre los años 1435 y 1439 por las tierras del Oriente próximo y por diversas ciudades europeas. A diferencia de otros escritores de temática similar, Tafur parece dar poco crédito a ciertas noticias que recoge. En principio él no entra ni sale en lo tocante a la veracidad de lo que escribe, pues se limita a narrar con sencillez lo que ha visto con sus ojos o lo que ha escuchado de otros en el curso de su peregrinación. Pero los comentarios socarrones que a menudo inserta, sobre todo después de contar sucesos o historias fantásticas, denotan bien a las claras su posición de observador crítico²⁸. Algunas de las reliquias memorables contempladas por Tafur coinciden con las que ya había enumerado González de Clavijo, pues hay ciudades importantes, como Rodas, Constantinopla y otras, que fueron visitadas por ambos.

A su paso por Roma dice haber visto una figura de la Verónica, que se muestra en algunas ocasiones solemnes en la iglesia de San Pedro en el curso de una extraña ceremonia²⁹. En el mismo sagrado lugar —añade Tafur—

«están dos colupnas grandes de fuera encayadas de madera, donde meten a los que son tocados por los espíritus; éstas son donde Nuestro Señor predicava al pueblo de Jerusalem»³⁰,

atribuyendo a estas dos columnas, pretendidamente utilizadas por Cristo, la virtud de sanar por el contacto a los poseídos del demonio. A renglón seguido habla de otras reliquias más peregrinas todavía que se veneran también en San Pedro de Roma. Algunas, sin embargo, son en realidad muy poco santas, como el caso de «la cuerda de que se aforcó Judas».

En la iglesia de San Juan de la isla de Rodas el viajero castellano pudo admirar, entre otros varios objetos venerables,

«el bacín donde se lavó Nuestro Señor, e grant parte de los dineros por que fue vendido Nuestro Señor, e algunas espinas e un clavo e otras muchas reliquias»³¹

²⁷ *Andanças e viajes de Pedro Tafur por distintas partes del mundo avidos*. Ed. de Marcos Jiménez de la Espada, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1874.

²⁸ De su paso por Constantinopla recuerda, por ejemplo, una historia increíble que le contaron y que él apostilla con socarrona ironía: «E aun esto non es pecado dexallo de creer». *Andanzas y viajes*, ed. cit., p. 178.

²⁹ *Andanzas y viajes*, ed. cit., p. 25.

³⁰ *Ibidem*, p. 26.

³¹ *Ibidem*, pp. 48-49.

Especial atención le merece a Tafur el conjunto impresionante de reliquias atesoradas en Constantinopla, sobre todo en sus iglesias de San Juan y de Santa Sofía, como ya hemos visto al tratar de González de Clavijo. En esta última iglesia, según leemos en nuestro texto, se encuentran expuestas a la veneración, y culto público de los fieles

«la lanza que entró en el costado de Nuestro Señor... e la saya sin costura de Nuestro Señor..., e un clavo de Nuestro Señor e ciertas espinas de la corona; e muchas otras cosas así del madero de la Cruz como de la colupna en que fue acotado Nuestro Señor; e así cosas de Nuestra Señora la Virgen María; e las parrillas en que fue asado Sant Lorenço, e otras muchas reliquias que Santa Elena, quando fue a Ierusalem, las tomó e truxo allí»³².

Aprovechando sus intensas relaciones comerciales con el imperio bizantino, los venecianos se habían llevado a su basílica de San Marcos algunas de estas fabulosas reliquias, entre las que destacan «muchos huesos de los Inocentes»³³. En relación también con estas reliquias más que dudosas, al narrar su viaje de regreso y su paso por las ciudades italianas de Venecia, Pisa y Génova, habla Tafur de una cruzada emprendida por estas repúblicas, en el curso de la cual los soldados habrían llegado hasta la ciudad de Jerusalén y remitieron a Italia un fabuloso tesoro, que repartieron después entre las tres ciudades. A los genoveses les habría correspondido nada menos que el misterioso y preciado Santo Grial que, en efecto, afirma haber visto Tafur, mientras que los venecianos prefirieron el tesoro puramente material y los de Pisa se quedaron con dos columnas sagradas que, al igual que otras ya mencionadas, tenían propiedades maravillosas³⁴.

Otra información que nos interesa destacar del libro de Tafur, dentro de este apartado de los recuerdos de dudosa autenticidad, es la relativa a la capilla con los sarcófagos de los Reyes Magos que el autor, lo mismo que el franciscano viajero del que ya nos hemos ocupado, afirma haber visto en Colonia, al tiempo que añade el siguiente comentario:

«Allí están estos tres cuerpos en manera que toda persona los pueda ver del pie a la cabeza, todos enteros, sin duda grant reliquia, e ellos los tienen bien ricamente e tratados con grandissima devoción»³⁵.

³² Ibidem, pp. 172-173.

³³ Ibidem, p. 210.

³⁴ Ibidem, p. 295.

³⁵ Ibidem, p. 242.

Por último escribe Tafur que durante su estancia en Alemania, en la ciudad de Nurember le llevaron a visitar, entre otras reliquias traídas por Carlomagno cuando estuvo en Ultramar —viaje que no corresponde, en absoluto, a la realidad histórica— la lanza con que había sido herido Nuestro Señor en el costado³⁶, la lanza de Longinos que él mismo dice haber visto ya en Constantinopla, como efectivamente sabemos por González de Clavijo.

A la misma época del libro de Tafur —primera mitad del siglo XV— pertenece el último documento escrito al que nos vamos a referir. Se trata en este caso de un libro al que, con toda razón, podemos calificar de exótico y muy poco frecuente: *El Paso Honroso de Suero de Quiñones*³⁷, obra en que el autor, el notario real Pedro Rodríguez de Lena, relata pormenorizadamente un acontecimiento caballeresco ocurrido en el año 1434. En virtud de cierta promesa hecha a su dama, el noble Suero de Quiñones defiende durante treinta días consecutivos el puente existente sobre el río Orbigo en la localidad de Hospital, de la actual provincia de León, para que ningún caballero pudiera cruzarlo. La promesa obliga a su autor a mantener continuas luchas durante el tiempo de su vigencia, de los que siempre sale vencedor. Su actitud combativa, sin embargo, no está reñida con la religiosidad del caballero, que escucha devotamente la santa misa todos los días en su propia tienda, antes de enfrentarse al rival de turno. Debido a esto hay un pasaje del libro en el que el notario describe el interior del aposento de Suero de Quiñones. El altar allí dispuesto para la celebración de las misas cotidianas está enriquecido con preciosas reliquias, que tienen virtudes extraordinarias y que resultan tan desacostumbradas para nosotros como las contenidas en dos joyeles o relicarios:

«Uno do estavan, de la mesma piedra dibuxados, doze apóstoles de Nuestro Señor, e aquél se dezía que era el salero en que Nuestro Señor Jesucristo tenía la sal en la su sancta mesa en que el Sancto Jueves hizo su Cena; e en el otro joyel estava guarneçida una virtuosa piedra toda de letras maravillosamente scriptas e entalladas de suso la misma piedra, non fechas parecidas por arteficio de home vivo... la qual preciosa piedra se dezía ser una de las con que el sancto, primero mártil, e sancto, Esteban, por la nuestra Sancta Fee fue apedreado, la qual piedra en tomándola hombre en la mano manava della gotas de agua. E otrosí estavan en el honrrado altar otras tablas de marfil de ricas lavores antiguamente obradas, dentro

³⁶ Ibidem, p. 270.

³⁷ *El Paso Honroso de Suero de Quiñones*. Ed. de Amancio Labandeira, Fernández, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977.

de las cuales estaban ocultadas, según dicho de los sabios religiosos frailes predicadores allí venidos, muchas e diversas sanctas reliquias»³⁸.

De la lectura de este párrafo se desprende que el autor, como notario que es, escribe con cautela acerca de estas cuestiones inverosímiles, y no afirma nada de modo tajante, sino que prefiere hacerse eco de la opinión común que se mantenía sobre estas supuestas reliquias.

* * *

Acabamos ya el repaso realizado sobre esta cuestión de la presencia de reliquias irreales en las páginas de nuestra literatura medieval. Sabemos que las noticias —incluidas las escritas— sobre piadosos objetos de esta naturaleza son extraordinariamente abundantes. En cambio son mucho más reducidas en número aquellas de las que se ocupan los documentos literarios. Las notas precedentes, a pesar de todo, nos han permitido comprobar la existencia suficiente de estos testimonios literarios, con lo que una vez más se pone de relieve cómo la literatura, incluso en este aspecto tan particular, suele ser un reflejo fiel de los comportamientos y costumbres habituales en la sociedad donde surge.

Por lo demás, y al final del somero análisis realizado, hay un dato que nos interesa destacar especialmente: las noticias en las que nos hemos detenido, con su altísima proporción de datos falsos —cuando no ridículos— suelen aparecer en obras de contenido histórico o directamente relacionado con la historia, lo que parece una grave contradicción, si pensamos en la veracidad y el rigor que deben presidir los escritos históricos. Pero, en última instancia, esta realidad que advertimos no es sino el resultado directo de la religiosidad popular propia de la Castilla medieval, cuyas gentes hacen gala de una piedad forjada en la crédula aceptación de noticias e historias asombrosas, ante las que son muy pocos los que muestran algún recelo. Y esta misma actitud es precisamente la que hemos podido notar —acaso con la excepción de Pero Tafur— en los autores medievales, una actitud que está muy lejos del talante crítico y el espíritu riguroso con que Alfonso de Valdés enjuicia los mismos hechos ya en plena época renacentista.

Desde nuestra mentalidad moderna, a la vista de los ejemplos literarios reseñados y de los otros infinitos casos de reliquias inverosímiles de las que no se ocupa la literatura, no podemos por

³⁸ *El Paso Honroso*, ed. cit. libro I, pp. 142-143.

menos de recordar el final aleccionador de *Il Gattopardo* de Tomasi di Lampedusa, en el pasaje que pone punto final a la obra: el del escrutinio y depuración de todas las reliquias estrafalarias que, en número considerable, atesoraban en su oratorio privado las tres hijas solteras del príncipe don Fabrizio³⁹.

³⁹ Véase el pasaje en la traducción española de la obra, *El Gatopardo*, a cargo de Fernando Gutiérrez, Barcelona, Argos Vergara, 1980, en el capt. 8º, pp. 234-235.

